

LEYENDO AL VENEZOLANO

VICENTE GERBASI EN JERUSALEM

Ruben Kanalenstein

Especial para NMI

El libro de Vicente Gerbasi que me ha acompañado durante este shabat jerosolimitano se llama "Poesía de viajes". Me gusta el título. Los latinos sentenciaron "Navigare necesse, vivere non necesse" que podríamos traducir "Navegar es necesario, vivir no". Los viajes son importantes porque es necesario llegar a la casa de enfrente para descubrir nuestra propia casa, porque son necesarios rodeos para encontrar el principio de la confrontación, nuestra vocación de lejanías. No se de Vicente Gerbasi más que lo que es posible inferir en los poemas de ese libro. Fue embajador de Venezuela en Jerusalem, firmó pasaportes de otros para que estos pudieran permitirse un viaje. Y viajó con pasaporte de poeta por las calles de Jerusalem, entre pasaporte ya firmado y pasaporte a firmar.

Recorro su poema "Ein Kerem". Es un poema con gusto a ciruelas, a alcachofas, a aceitunas robadas del árbol, a alcaparra encontrada en el camino. Lo imagino atravesando el atardecer de Ein Kerem, preguntando si hay un nombre hebreo que designe esa hora que no es día y tampoco es noche. Y así viajó con él al poema "Araña" donde lo veo recorrer las calles de la capital-aldea de Israel buscando, como yo mismo, los huesos enterrados de Job entre el llanto de los pinos y el vuelo de los pájaros escondidos en los árboles. Lo presiente volviendo a su casa burguesa y descubriendo una araña en el rincón de su dormitorio y salir de nuevo a la calle para buscar un mensaje entre los muros.

Su casa burguesa de embajador latinoamericano. Su casa de la calle Rahel

Imenu. Y ya instalado en el poema que dedica a esa calle de Jerusalem, lo oigo abrir las ventanas en la noche y oír el llanto de Rajel, un llanto apagado y doloroso de mujer, de madre. Y ese llanto perfora la piedra, enciende los naranjales.

Y sigo viajando por sus poemas de Jerusalem, entre torres, amapolas, profecías, salmos, escudos, cabras, quesos, bellos cuerpos de judías yemenitas.

Y entre signo y signo, de nuevo firmar un pasaporte, posibilitar los viajes, posibilitar el viaje.

Y lo descubro entender el judaísmo a su manera, esa voluntad de libertad sobria, ese vivir en cabañas, esa danza donde el arpa de David se transforma en lanza y otra vez en arpa y en las montañas de Judea un venezolano obligado a representar un país piensa para sí que será un candelabro, que oscuro puente traza un candelabro entre el arpa y la lanza. Y me imagino al venezolano recorrer el Sinai, los beduinos (no son acaso los beduinos similares a los viejos judíos de la Torá, debe sospechar) buscando esa libertad sobria que otros llaman con el nombre pomposo y enigmático de verdad judía.

Al final, no hay nada. Un gato negro de ojos verdes, un piso de hospital salpicado de algodones tristes, unos techos ojivales, una geografía verde, amarilla, azul, una luna llena, una danza nómada, una piel morena. Al final, solamente un alma, la suya. Pero un alma ya es demasiado. Un alma ya es una caravana de gente que nace y muere, un alma es una guerra entre lo claro y lo oscuro, entre las

espirales y los círculos, entre la geometría y la niebla, entre el humo y el cristal y entre el humo y el cristal, el insoportable ruido de las cosas vanas.

Los hombres son como el hamsin, ese viento cálido que nos roba las gargantas. Y el hamsin habla. Y creo que el hamsin habla de cómo Dios creó el mundo, con sus mujeres, sus caballos, su barro de la culpa, el amor y eso parecido al amor que va ordenando los días, los deberes, los pensamientos.

Yo no sé nada de Vicente Gerbasi fuera de su libro de poemas. No sé si hoy está vivo o no, si guarda en su casa presente el tapiz aquel que lo cautivó un día en Jerusalem, ese día preciso en que se descubrió en Oriente.

Yo no sé nada de Vicente Gerbasi, diplomático venezolano, poeta, soñador, firmador de pasaportes. Nunca me ofreció café, nunca reímos juntos, nunca nos dio por compartir un silencio grave, de esos en que uno se decide a jugar seriamente y a trabajar jugando. Y, sin embargo, me ha acompañado este shabat, aquí en Jerusalem, hablándome de Jerusalem, entre el desierto terrible y el mar venerable, me ha ofrecido un agua de su memoria y su dicha. Un libro, se ha dicho tantas veces pero siempre se lo ha olvidado, es un diálogo insólito entre dos desconocidos, una anticipada coincidencia de dos interpretaciones, una nueva ciudad donde abundan los días de fiesta. "Poesía de viajes" de Vicente Gerbasi me ha permitido recorrer mi país sin violar el shabat y a este goí de los sábados le estoy profundamente agradecido.